

Siobhan Vivian

SIEMPRE DULCE



Diseño de portada: Lucy Ruth Cummins
Fotografía de portada: © 2018 by Douglas Lyle Thompson
Fotografía de la autora: © Janelle Bendycki

Título original: *Stay Sweet*

© 2018 por Siobhan Vivian
Publicado por acuerdo con Folio Literary Management, LLC
e International Editors' Co.

Traducido por: Mónica López Fernández

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2019
ISBN: 978-607-07-5833-1

Primera edición impresa en México: mayo de 2019
ISBN: 978-607-07-5824-9

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Para Marie

3 de mayo de 1945

Diecinueve chicas llegaron esta noche al lago y cada una trajo su propia cuchara. Ya somos más; la semana pasada éramos dieciséis y una semana antes éramos once. Hace un mes éramos tan solo cuatro.

Por un momento, después de bajarme de la bicicleta, me quedé parada entre los árboles y las miré. Conocía bien a la mayoría de las chicas, a algunas no tanto; algunas ni siquiera eran de Sand Lake, aunque eso no importa. Habían extendido sus cobijas unas junto a otras en la arena para formar una especie de enorme edredón de retazos multicolores, se habían quitado los zapatos y las sandalias y los habían amontonado en una enorme pila. Se pasaban la revista *Life* y la última *Seventeen*, se alborotaban el cabello entre sí, platicaban mientras los últimos rayos de sol se desvanecían y esperaban que yo apareciera.

Podía escuchar mi corazón latiendo debajo de mi blusa.

Habría tratado de escabullirme si no fuera porque Tiggy me vio y se acercó corriendo con una sonrisa de oreja a oreja. Para ella, más chicas equivalían a menos tiempo de girar la manivela de la máquina de helados. Con frecuencia se queja de que le duele el brazo des-

pués de un minuto de batir, aunque claro que se recupera para cuando queda listo el postre. Pero lo que yo vi fue más chicas a las que decepcionaría esta noche.

Tiggy tomó la bolsa de la canasta de mi bicicleta, yo la seguí y les pedí disculpas a todas por llegar tarde. Traté de calmar sus expectativas mientras vaciaba los ingredientes que traía en el cubo de la máquina de helados. Las chicas estaban muy entusiasmadas después de hacer el de vainilla la semana pasada y me habría encantado hacerles otro tanto, pero habían limitado más las raciones de azúcar y mi madre me prohibió siquiera abrir su alacena.

Así que pasé toda la tarde tratando de endulzar la crema con algo que no fuera azúcar. Traté con miel cruda, jugo de manzana, incluso restos de zanahoria de nuestro huerto en apoyo a la guerra. Debo admitir que disfruté el reto, experimentar, batir y probar pequeñas muestras; cada una me acercaba más a mi objetivo. Claro, hasta que se terminó el tiempo y tuve que irme al lago. Ni siquiera estaba segura de que la mezcla por la que me decidí al final sería comestible.

Al parecer, a las chicas las tenía sin cuidado, lo cual habría sido un alivio si a mí no me hubiera importado tanto... más de lo que imaginé.

Por lo general, las que recibían cartas de algún chico las leían en voz alta mientras las demás se turnaban la manivela de la máquina; sin embargo, de manera muy casual sugerí que esta semana no lo hiciéramos, pues sabía que la familia de Marcy no había recibido noticias de su hermano Earl desde hacía casi un mes, pero Marcy insistió, incluso trató de sonreír. Me sorprende

cuán hábiles somos para fingir ser fuertes cuando en realidad estamos a punto de perder toda esperanza.

Por suerte, Dot empezó y nos mantuvo llorando de la risa. Honestamente, me sorprende lo atrevido que es James Pearson. Su madre se pondría roja como betabel si supera cuánto le rogó a Dot para que le mandara una foto de ella en camisón.

Yo leí una de las cartas más recientes de Wayne donde me aseguraba que los chicos en su unidad nos extrañaban tanto como nosotros a ellos y que se alegraba de que nuestras noches de helado nos mantuvieran ocupadas, porque sentirnos solas y miserables solo haría que el tiempo que pasáramos separados corriera más despacio.

Después de guardar su carta, me sentí mal. A pesar de que beso cada una de las que le envié y rocío el sobre con una cantidad considerable del perfume que le gusta y que espero dure todo el viaje al otro lado del mundo (me terminé una botella de Atrapa Guapos, de 7.50 dólares, en pocas semanas), la verdad es que le escribo a Wayne cosas muy aburridas. Sobre mis recetas de helados o las quejas de mi madre, quien se empeña en que nuestra boda sea el evento social más importante de Sand Lake en cuanto termine la guerra.

Tal vez deba enviarle a Wayne una foto mía. En camisón no, para eso tendrá que esperar a la noche de bodas, pero tal vez tener una en traje de baño, con el cabello rizado y sujetado con pasadores como Betty Grable, lo anime.

Como sea, después de leer las cartas y de lavar la ropa sucia de la semana (peleas con nuestros padres, la escasez de vestidos bonitos en las tiendas, los

últimos cortos noticiosos). Tiggy propuso que vendiéramos mi helado en la recaudación de fondos de la Cruz Roja que su mamá estaba organizando. La fulminé con la mirada, yo ya le había dicho que no era buena idea. No solo porque disminuían las raciones de azúcar cada vez más, sino también porque me gustaba que nuestras noches de helado fueran solo para nosotras. Pero me ignoró y les pidió a las chicas que sugirieran ideas para el letrero del puesto, porque cada mesa de comida necesitaba uno. Hablaron del asunto hasta que el helado estuvo listo.

Yo no las escuchaba. Tenía el estómago hecho un nudo cuando abrí la tapa y jalé la manivela. Aunque, por otro lado, pensé que si esta tanda sabía horrible, la idea de Tiggy de vender mi helado desaparecería.

Ella gateó hacia mí y metió su cuchara enseguida para ser la primera en probarlo. Puso los ojos en blanco mientras soltaba varios <<¡mmmm!>> que hicieron que las demás suspiraran y se amontonaran para probarlo también. Dijeron que jamás habían probado algo igual. ¿Qué tenía? ¿Qué era ese sabor? Abrían los ojos al máximo y sonreían en grande.

Supuse que solo estaban siendo amables, hasta que el helado regresó a mí.

El sabor era genial de verdad.

¡El mejor que había hecho!

Las chicas pedían más y más, dos, tres y cuatro veces. Decían que tenía que venderlo, que de seguro haría una fortuna y que podría ayudar a nuestros chicos.

Y entonces Tiggy hizo una broma cuando se estiró para otra probada: <<¿Chicos...? ¿Cuáles chicos?>>

Tengo todo lo que necesito justo aquí», ronroneó y de manera traviesa lamió su cuchara.

Las demás rieron, pero yo grité: «¡Ya sé, Tig! Mi letrero podría decir "Dulce helado para que no extrañes a tu amado"».

Todas callaron. Yo cerré los ojos. Podría pintar las letras rosas en muselina. Haría que las chicas se pusieran sus vestidos blancos de graduación y se rizaran el cabello. Acomodaríamos el helado en filas, bolas perfectas sobre porcelana. Mi madre no me dejaría usar su vajilla fina, pero sabía que si la hacía sentir culpable, la convencería. Y de seguro las demás también convencerían a sus madres.

¿Cuánto podríamos cobrar por bola? ¿Treinta centavos?, ¿cincuenta?

Así como hay un momento del batido en que sientes que la crema y el azúcar se espesan, yo pude sentir el potencial de lo que empezaba a surgir. En meses no me había sentido tan feliz, hasta que el sonido de narices moqueando me hizo abrir los ojos.

Tiggy y las demás estaban llorando.

«Perdón», les dije con el rostro encendido, «por favor, olviden lo que dije». Se supone que el helado nos distraería de pensar en la guerra.

Tiggy se limpió las lágrimas con el pañuelo. «No pidas perdón, es perfecto», dijo y apretó mi mano entre las suyas. «Creo que es el inicio de algo grande, Molly».

Si hubiera sido la única en decirlo, no le habría creído; no porque mintiera, sino porque es mi mejor amiga.

Pero las otras chicas se amontonaron a mi alrededor, cuchara en mano, limpiándose las lágrimas y comiendo más.

Capítulo uno

Amelia van Hagen está de rodillas en el piso, en brasier y shorts caqui, cabello castaño bien peinado en dos trenzas de espiga y una camiseta tipo polo sobre los muslos. La alisa y delicadamente le quita una pelusa.

Cuando, en su primer día, Frankie Ko le dio esta camiseta polo de la heladería Meade, era exactamente del mismo color que una bola de helado de fresa. Hoy, cuatro veranos después, y a pesar de la luz tenue de su recámara, se da cuenta de que el rosa se ha desteñido al tono de un algodón de azúcar.

Hay muchos trabajos de verano para las chicas de Sand Lake y cada uno tiene sus ventajas. Como salvavidas en el lago, tu bronceado durará hasta octubre. El centro comercial tiene aire acondicionado y a los empleados les otorgan un descuento en el área de comida. Las niñeras pueden ganar buen dinero, especialmente si logran darse a conocer entre los turistas. Pero Amelia siempre soñó con ser una de las chicas que se encargan de la heladería Meade.

Ese local de helados ha empleado solamente a mujeres desde que abrió sus puertas, en el verano de 1945.

Y aunque la única atracción del lugar es el helado, cada vez que sus padres la llevaban, conforme se acercaba en la fila al mostrador, Amelia se paraba de puntitas para ver lo que las encargadas hacían ahí dentro. Aunque los rostros cambiaban cada verano, pues las mayores se iban a la universidad y las nuevas batallaban para llevar el ritmo de las tareas, el ambiente entre las chicas permanecía igual. A Amelia le gustaba cómo se hablaban entre ellas, una mezcla de códigos y chistes locales, cómo se movían con gracia en un espacio tan reducido donde todas trabajaban con frenesí. Se notaba que estaban divirtiéndose, a pesar del calor y del gentío, a pesar del destartalado radio cuya antena estaba cubierta de papel aluminio.

Amelia se pone la camiseta polo. También *se siente* como algodón de azúcar, suave y ligera, probablemente por los miles de idas y venidas en la lavadora desde su primer día hasta hoy, parte de la lucha interminable de una encargada de la heladería contra las manchas de caramelo, de jarabe de chocolate, del jugo rojo brillante en el que flotan las cerezas *maraschino*. Lo que no se ha desteñido, ni siquiera tras cuatro veranos, es la emoción que siente al ponérsela.

Frankie Ko le dio esta misma camiseta hace cuatro años. Ese verano ella era la jefa de encargadas; recostada en una de las mesas de picnic, se asoleaba mientras llegaban las nuevas. Su cabello negro y brillante era tan largo como sus shorts deshilachados, cortos. Usaba tines con pequeñas borlas rosas y traía cuatro, tal vez cinco, pulseras de la amistad de hilo trenzado, atadas en cada muñeca. Frankie era mitad coreana, increíblemente bonita y no tenía que esforzarse por ser *cool*. Así es como las nuevas siempre ven a la jefa de encargadas en su primer verano, pero, para Amelia, Frankie rompió el molde.

Amelia hace una mueca al recordar con vergüenza cómo se veía hace cuatro años: su papá la había llevado y llegó con labios aceitosos color durazno gracias al labial que había comprado porque hacía juego con el vestido de noche que usó en la cena del fin de segundo de secundaria, con la esperanza de que la hiciera verse más grande y más *cool*. Curiosamente, no se le ocurrió quitarse el retenedor, pues lo usaba diligentemente, tanto que sus compañeros de la escuela aún no notaban que le habían quitado los frenos.

Al cabo de unas semanas, Frankie se acercó para susurrarle amablemente, sin que las demás escucharan, que los tonos más atrevidos favorecerían el color de su piel. Le regaló un nuevo lápiz labial, color frambuesa, llamado Todo Corazón, que le habían dado de cortesía con lo último que había comprado en Clinique. También le ayudó a ponerse-lo; Frankie se tomó el doble de tiempo de lo que le tomaba a Amelia, pero las demás chicas en turno asintieron de manera aprobatoria.

Frankie Ko había logrado que tener diecisiete pareciera como de televisión: una flor abriéndose llena de confianza, belleza y sabiduría. Mientras se acomodaba el cuello de la polo, Amelia se preguntaba qué sería lo que las nuevas verían en ella, porque le parecía imposible que ahora ella tuviera la misma edad que en ese entonces tenía Frankie.

Pero así era, el fin de curso y el baile de graduación ya habían pasado. Amelia abrió los sobres con todas las tarjetas de felicitación de sus parientes y guardó el dinero que le enviaron para costear con él sus libros de la escuela, el abono para las comidas en la cafetería y un buen abrigo para el insoportable clima de Nueva Inglaterra, pues la gente del noreste la molestaba constantemente diciendo que probablemente el invierno ahí la mataría.

A inicios de la semana, Amelia recibió un correo de su futura compañera de cuarto en Gibbons, Cecilia Brewster, estudiante de literatura inglesa, originaria de Connecticut, que gozaba de media beca deportiva como jugadora de tenis y que tenía un novio a larga distancia, hasta nuevo aviso. Después de presentarse, Cecilia le contó que ya había comprado un minirrefrigerador para el cuarto y que sería genial si ella pudiera conseguirles un microondas (y le adjuntaba algunos *links* con sugerencias de estilos y colores).

Amelia leyó y releyó el correo varias veces. Cecilia parece buena chica, mucho más que algunas compañeras de cuarto incompatibles de las que ha escuchado cuando antiguas encargadas de la heladería llegan de visita y piden su cono gratis. Aunque ya redactó algunas posibles respuestas, todavía no presiona «Enviar». Siente que ese es el bala-zo de salida de una carrera que no quiere realizar.

Desafortunadamente, el primer día de Amelia en la heladería Meade es el principio del fin.

—¿Amelia? —Cate Kopernick se asoma desde un montón de cobijas y almohadas en el piso. Su cabello rubio y largo está amarrado de forma que parece una serpentina dorada. Prende la pantalla de su celular y, después de entrecerrar los ojos debido a la luz, lo deja a un lado—. ¿Ya te vas?

—No podía dormir. Estoy demasiado nerviosa.

—¿Nerviosa? —ríe—. ¿Cómo crees? ¿En serio?

—Sí, ya sé —dice Amelia acelerando el paso. Se para, toma del escritorio su bolsa grande de asas y mete los pies directo a sus Keds.

—Oí que estabas abajo anoche.

—Estaba horneando muffins de mora.

—¿A las dos de la mañana?

—Pensé que sería lindo darles algo de comer a las chicas antes de empezar a asignar las tareas.

Cate pone los ojos en blanco.

—No te preocupes por ser agradable. Todas saben que hoy y mañana serán días terribles. —Bosteza—. Dame diez minutos para bañarme; te puedo llevar...

—Me voy en bici; me ayuda a aclarar la mente. En serio. Duérmete. Te veo en unas horas.

—¡Espera! ¿Dónde está tu pin?

—Creo que olvidé ponérmelo. —Amelia se sonroja porque no es buena mintiendo y se encamina a la puerta.

Cate la toma del tobillo.

—¡Amelia! ¡Deja de actuar raro!

Amelia se encoge de hombros y va a su alhajero. Dentro, junto con otras cosas más lindas y la borla de su birrete de graduación, se encuentra un pin dorado en forma de flor del tamaño de la tapa de un jugo Snapple que tiene un diamante de fantasía en el centro. No lo ha tocado en casi un año, no desde que se lo dieron el agosto pasado.

Tal como era tradición en la heladería Meade, las chicas celebraban el final de la temporada pasando la noche en el lago. Amelia estaba de pie al lado de su tienda de campaña a medio armar, una breve pausa para no perderse el momento de raspar con pedacitos de cono el chocolate que quedaba en el último bote de helado.

Heather, la jefa de encargadas del verano anterior, acababa de regresar de la casa de Molly Meade con los últimos cheques de paga y los estaba repartiendo. Se tomó su tiempo al levantar el de Amelia del montón e hizo una cara extraña. Luego sacudió el sobre para que Amelia pudiera oír el tintineo.

Ella se quedó congelada, con chocolate goteando por su brazo.

—¡Amelia! —dijo Heather—. ¡Deja el helado y ven para acá!

Todavía tiesa, se acercó, se lamió el chocolate del brazo, se metió el pedazo de cono en la boca y tragó con dificultad. Puso el bote de cartón en la arena y sigilosamente miró hacia la fogata, a la que Cate, con una camiseta holgada y desgastada por encima del bikini, arrojaba otro tronco, que aventó chispas. Las otras chicas se le acercaron con rostros resplandecientes. Amelia abrió el sobre. Dentro estaban su cheque, el pin de flor y la llave del local de la heladería.

—¿Estás segura de que esto es mío? —preguntó con incredulidad—. ¿Molly te dijo algo?

Heather se sorprendió por tal insinuación.

—Amelia, no he hablado con ella en todo el verano. Ni una sola vez. La semana pasada me dejó un recado pidiendo que le regresara el pin. No tenía idea de a quién escogería. —Alzó los hombros y luego animó a Amelia estrujándole el hombro—. El sobre tiene tu nombre; además, las probabilidades eran mitad y mitad, ¿no?

Aunque técnicamente era cierto, Amelia no lo sentía así. Desde su primer verano en la heladería Meade, ella habría pensado que, llegado el momento, Molly escogería a Cate como jefa de encargadas. Definitivamente escogería a Cate. Las probabilidades eran del mil por ciento, por mil y una razones. Y Amelia no era la única que pensaba así; podía verlo en el rostro de Cate, se veía sorprendida por el resultado, porque Cate era la divertida, la chica con la que todas disfrutaban convivir.

Seguramente Cate se dio cuenta de lo que pasaba cuando Amelia fue a hablar con Heather, porque llegó dando de saltos y la felicitó con un gran abrazo de oso.

Incluso ahora, Amelia no sabe cuánto tiempo le tomó a Cate hacer las paces con el hecho de que ella no sería la jefa de encargadas, pero le duele pensar que Cate sufriera por ello, aunque fuera por un milisegundo. Aun así, la emoción que su amiga muestra por ella en este momento, mientras espera a que se ponga el pin, con las manos en la barbilla, se siente un poco menos dolorosa.

—¿Qué tal si me lo pongo el día de apertura? Así no se ensucia —dice Amelia, dudando.

Cate gruñe y se levanta para tomar el pin de las manos de Amelia.

—Solo eres oficialmente reina hasta que te pones la corona. —Amelia desvía la mirada mientras Cate examina el pin un momento antes de acomodárselo en el cuello de la camiseta—. Ahí está —dice Cate con satisfacción—, ahora sí es oficial.

Amelia empieza a protestar, tal como lo ha hecho incontables veces desde que le dieron el pin.

—Deberías ser tú.

Por lo general, Cate amablemente le permite soltar esta percibida injusticia, lo que hace sentir mejor a Amelia, como si verbalizara una verdad que, en el fondo, ambas reconocen. Sin embargo, esta vez Cate la calla.

—Hoy no, Amelia. —Y la pone frente al espejo—. ¿Qué te parece?

Amelia voltea a ver a Cate por encima del hombro. Sabe que, por el resto de su vida, nunca encontrará a una mejor amiga que Cate Kopernick.

Usando las trenzas de Amelia como manubrio, Cate le voltea la cabeza hacia el espejo.

—Te ves genial —le dice y se hace a un lado para no reflejarse—. Tal como Frankie Ko.

Amelia se ríe porque vuelve a pensar «sí, claro», hasta que, por fin, se ve, no tanto a sí misma sino al pin. Aunque es pequeño, de verdad brilla.